

Palabras que son vida

Luis Alberto de Cuenca



Primera edición en esta colección: mayo de 2020

© Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2020

© de la nota del editor, Jordi Nadal, 2020

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 8424-2020

ISBN: 978-84-18285-03-5

IBIC: VS

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño de portada: Ariadna Oliver

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Romanyà Valls

Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice |

Nota del editor 9

Nota del autor. 11

Palabras que son vida 13

Abanico. 15 Corazón 37

Alquimia 17 Delirio 39

Amapola 19 Dignidad 41

Arcano 21 Disciplina. 43

Asombro 23 Efímero. 45

Auténtico 25 Entusiasmo 47

Autoridad. 27 Epitafio 49

Biblioteca. 29 Escéptico 51

Calvario 31 Esfuerzo 53

Catábasis 33 Espejo 55

Catástrofe. 35 Estrella 57

Palabras que son vida

Fraterno.	59	Pasión.	87
Hedonismo	61	Pátina.	89
Hereje	63	Pedagogo	91
Holgazán	65	Perseverancia	93
Humilde	67	Poesía.	95
Incunable.	69	Promesa.	97
Inocente	71	Radical	99
Laberinto	73	Religión.	101
Meditación	75	Respeto	103
Memoria	77	Sedimento	105
Misterio.	79	Seducción.	107
Música	81	Solipsismo	109
Ostracismo	83	Trabajo	111
Panorama.	85	Voluntad	113

Nota del editor |

Ser editor permite buscar tesoros. Cuando los encuentras, buscas, metafóricamente hablando, una cabina telefónica para llamar a tus amigos.

Editar es compartir, con ilusión, pensamientos y sentimientos. Es compartir saber. Es una forma de querer. Querer vivir más. Querer amar más.

Conocí a Luis Alberto de Cuenca en los noventa del siglo pasado. Siento, desde entonces, un sentimiento de fraternidad con él que supera lo racional y lo emocional. Está instalado en el territorio de lo sagrado.

Cada vez que le leo, o me encuentro con él, siento una alegría renovada: la que permite la confianza y la amistad.

Este libro son cincuenta palabras que nos dan cincuenta razones para querer vivir más.

Palabras que son vida

Como dijo una vez un niño sobre la lectura: «Leer es querer que el mundo no se acabe nunca».

Por eso editamos *Palabras que son vida*.

JORDI NADAL

editor

Nota del autor |

Palabras que son vida es una colección de cincuenta textos sobre cincuenta palabras del diccionario. En su inmensa mayoría las ha elegido Jordi Nadal, mi editor, aunque Alicia Mariño también haya aportado algunas, como «abanico», «corazón» o «estrella». Así que yo me he limitado a comentar de forma anárquica y espontánea esas palabras. Al final, como todo lo que escribe uno, mi comentario ha terminado dibujando con precisión hiperrealista los rasgos de mi propia cara, la síntesis de lo que soy y, sobre todo, de lo que parezco. La redacción de ese medio centenar de textículos solo me ha producido placer, lo cual significa mucho a estas alturas de la película. El único culpable de los buenos ratos que me ha deparado su escritura es el citado Jordi, tan querido, tan próximo,

Palabras que son vida

tan cómplice. A él quiero dedicar las páginas que siguen, dictadas por algo tan importante en mi escala de valores como el capricho.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Madrid, 19 de febrero de 2020

Palabras que son vida |

Abanico. Diminutivo de «abano», y este del latín *vannus*, nombre que en el léxico agrícola latino recibía un utensilio para cribar el cereal, aventándolo, y como fuelle para avivar el fuego. «Abano» se utiliza hoy, no muy a menudo por cierto, para designar ese aparato en forma de abanico que, colgado del techo, sirve para hacer aire y que asociamos con tabernas malayas de dudosa reputación o con sofisticados restaurantes vietnamitas que evocan la presencia francesa en Indochina antes de Dien Bien Phu. Pero la palabra que ha subsistido en la lengua común es el diminutivo «abanico», que sigue siendo ese complemento insustituible del atuendo femenino cuando las condiciones climáticas lo aconsejan, que es cuando hace calor. Pero el abanico desprende tanta y tan encantadora frivolidad que ni siquiera es preciso enarbolarlo con pretensiones

de aliviar el sofoco, sino en toda circunstancia galante, pues es el objeto más rabiosamente dieciochesco que conozco y, por lo tanto, representa a la perfección el espíritu del *ancien régime*. Se ha escrito y divagado mucho sobre el lenguaje del abanico, que es como un código Morse del flirteo a distancia. Cualquier cosa puede transmitirse, con tal que pertenezca al área de lo sensual, a través de un abanico bien esgrimido por su dueña. Junto a su función principal como máscara capaz de desplegarse o replegarse a voluntad de su propietaria, el abanico puede señalar disponibilidades o reticencias mediante tal o cual determinado movimiento. Existe todo un cuerpo doctrinal sobre el uso del abanico. Junto con *Drácula* de Stoker, *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos (1782) es para mí la mejor novela epistolar de las letras universales. Si hubiese un símbolo capaz de resumir lo que se cuenta en sus cónicas y apasionadas páginas, sería un abanico.

Alquimia. Del árabe *al-khimiya*, compuesto por el artículo *al-* y por la palabra griega *khuméia*, «mezcla de varios líquidos» con la finalidad de producir oro a partir de esa mezcla, que es lo que se obtendría con la llamada «piedra filosofal» (en árabe *al-khimiya*). Curiosamente en castellano ese término desembocaría en «alquimia», una pseudociencia que perduraría hasta el Siglo de las Luces, y en «química», la ciencia que estudia la composición, estructura y propiedades de la materia. Recuerdo un libro delicioso de Isaac Asimov, titulado algo así como *Breve historia de la química*, en cuyos primeros capítulos se estudiaba la historia de la alquimia para pasar después a la de la química, heredera de aquella. Solo pronunciar la palabra «alquimia» supone un aterrizaje en un mundo mágico que nos traslada a un mundo paralelo donde todo

es posible. La literatura está llena de inolvidables alquimistas, desde *The Alchemist* de Ben Jonson hasta el Zenón del *Opus nigrum* de Marguerite Yourcenar. La mera pronunciación de «alquimia» y «alquimista» opera sinestésicamente en nuestro cerebro con un alboroto de alambiques, matraces y redomas que huele y sabe a sueño incumplido de los hombres en busca de riqueza y de poder. Porque todos los inútiles procesos que conducen a la obtención del oro por mezcla de fluidos conducen a la misma desilusión colectiva, al mismo desaliento compartido. Nos quedará, eso sí, la otra alquimia, la buena, la que funde palabras hermosas y verdaderas en un mismo crisol: la alquimia consoladora y feliz de la literatura, único bálsamo en las llagas de nuestro agotador y brevísimo tránsito por la vida. La alquimia de los hexámetros de Homero y de Virgilio, la del mar (;*thálassa, thálassa!*) al fondo de la extenuante retirada de los diez mil en la *Anábasis* de Jenofonte, la de los amores de Angélica y Medoro en el *Orlando furioso* de Ariosto, la inolvidable alquimia de Valle-Inclán en las *Sonatas* o de Joyce en *Dublineses*, el resplandeciente oro verbal forjado por los grandes autores de la literatura universal.

Amapola. En el diccionario de la RAE «amapola» remite a «ababol», procedente del árabe hispánico *happapawr[a]*, y este del latín *papaver*, «adormidera», con influencia del árabe *habb*, «semilla». De la adormidera es sabido que se extrae el opio. Los campos de amapolas son también, a su manera, floridos campos tanto de paz como de exterminio. De paz, porque derivados del opio como la morfina y la heroína se han utilizado contra el dolor con resultados terapéuticos muy satisfactorios. De exterminio, porque su uso como origen de esas transformaciones químicas, tan pertinentes en el área médica, ha traído consigo el horror de la drogadicción más severa. Para mí, las amapolas serán siempre esas flores que crecían, salvajes, en el camino de ronda que conducía al cementerio de San Isidro, en Madrid, por donde mi abuela Ma-

Palabras que son vida

ría de la Presentación y yo caminábamos —tendría yo seis o siete años— en dirección a la tumba de mi abuelo Alberto. Mi ofrenda floral consistía precisamente en un puñado de esas amapolas silvestres, que iba arrancando conforme avanzábamos por aquel camino (que hoy se me antoja angosto y situado al borde del abismo, pero de ese recuerdo imaginario solo tiene la culpa el paso del tiempo). Sucintamente vestidas de rojo, aquellas amapolas que yo depositaba sobre la sepultura de mi abuelo contrastaban con el ramo de espléndidas rosas, también rojas, con que mi abuela perfumaba el recuerdo de su difunto esposo. Eran modestísimas actrices secundarias de un escenario en que las rosas de mi abuela ejercían, soberbias, de indiscutibles protagonistas. Pero, a pesar de todo, yo sentía que aquellas amapolas silvestres eran tan importantes como las rosas, pues habían crecido solo para que yo pudiera recogerlas y ofrecérselas a mi querido abuelo.